



HUNGRÍA Y ESPAÑA ANTE LOS RETOS DE LA COOPERACIÓN EN LA EUROPA UNIDA DEL SIGLO XXI. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Ricardo M. MARTÍN DE LA GUARDIA y Guillermo Á. PÉREZ SÁNCHEZ
Universidad de Valladolid e IEE

1. Los años vividos bajo el «socialismo real»

En los momentos finales de la Segunda Guerra Mundial los comunistas húngaros empezaron a tener especial protagonismo en la parte del país liberada gracias al empuje de Ejército Rojo. Fue en este territorio, en concreto en Debrecen, donde logró constituirse, entre el 21 y el 23 de diciembre de 1944, una Asamblea representativa la cual nombró, a su vez, un gobierno provisional con el general Bela Miklos al frente. Las fuerzas vinculadas al nuevo ejecutivo de carácter «antialeman y prosoviético» habían creado, por su parte, el «Frente Nacional de la Independencia», animado, especialmente, por el Partido Comunista, el socialdemócrata, el de los pequeños propietarios agrícolas, y el nacionalcampesino.

El 4 de noviembre de 1945, tras el final de la guerra el gobierno provisional convocó elecciones generales. El triunfo en las mismas correspondió al Partido de los Pequeños Propietarios. Para la mayor parte de los observadores, con el resultado de las elecciones en la mano hubiera sido el momento de formar un gobierno de alianza nacional entre los pequeños propietarios, los socialdemócratas y los nacionalcampesinos, grupos que contaban con el 85 por ciento de los sufragios; pero los pequeños propietarios no apoyaron el acuerdo necesario. Al dejar pasar la ocasión permitieron que el Partido Comunista —con la anuencia de la Unión Soviética en su calidad de potencia vencedora y virtual controladora de la Comisión de Control interaliado en la zona— realizara una oposición frontal a la política gubernamental. Para llevar a cabo sus propósitos de acoso y derribo al gobierno, los comunistas lograron el apoyo de los socialdemócratas y del ala izquierda de los nacionalcampesinos. El nuevo «Bloque de izquierdas» reclamó la dimisión del gobierno y proclamó la necesaria transformación radical de Hungría en lo político, económico y social, empezando por la aplicación de una nacionalización a gran escala de todo el aparato productivo del país. Con el propósito de alcanzar este objetivo, fue puesto en marcha un plan económico de tres años y, al mismo tiempo, convocadas elecciones generales el 31 de agosto de 1947. En estos comicios el «Bloque» de izquierdas alcanzó el triunfo con el 60 por ciento de los votos; mientras que la oposición, por su parte, obtuvo el 40 por ciento de los sufragios. En función de estos resultados, el Partido Comunista pasaba a convertirse en el más importante del país.

Conforme a su propósito de transformación radical de la estructura económica, el ejecutivo de inspiración comunista promulgó nuevas leyes de nacionalizaciones: en 1950 era puesta en marcha la planificación centralizada y con ella entraba en vigor el primer plan quinquenal de Hungría. En el plano político, los comunistas

impulsaron la unificación de su propio partido con el socialdemócrata. El Congreso de la unidad tuvo lugar del 12 al 14 de junio de 1948, y en el mismo se alumbró una nueva formación política: el Partido Obrero Húngaro. Al amparo del Frente Nacional de la Independencia, los comunistas consiguieron, el 15 de agosto de 1948, la proclamación de Hungría como «República Popular», la cual fue definida por una nueva constitución como «democracia popular».

Después de la muerte de Stalin la posibilidad de que la desestalinización en marcha afectara a las democracias populares concitó esperanzas de reforma en el ala más renovadora de los comunistas húngaros. La vieja guardia estalinista parecía tener los días contados en las tierras magiars cuando el presidente del gobierno, Rakosi, a instancias del poder soviético, dejaba su cargo en manos de Imre Nagy, si bien conservaba el puesto de Secretario del Partido. Por su parte, Nagy no defraudó y en su intervención primera como presidente expuso con detalle un programa netamente reformista y hasta enfrentado en algunos aspectos con la tradición heredada. Una apertura del sistema en todos los ámbitos de la vida política y económica constituía sin duda una declaración de intenciones muy novedosa pero prematura e inviable a tenor de la realidad estructural con la que se enfrentaba. De hecho, la máquina de poder estalinista, asentada desde el final de la guerra, iba a obstaculizar cualquier intento de cambio.

La confusión creada por las propuestas presidenciales y el momento de indefinición en sus actuaciones por el que pasaba la URSS favorecieron a Rakosi, que destituyó a Nagy en marzo de 1955 por motivos de salud. Pero el programa de cambio había calado hondo. A lo largo de 1956, el Círculo Petöfi, foro opositor que fomentaba debates abiertos sobre cuestiones de actualidad (libertad de prensa, problemas filosóficos del socialismo, etc.) aumentó su capacidad de convocatoria alzando la voz en contra de la rigidez y burocratización del sistema político y económico vigente que impedía el desarrollo equilibrado del país. A tal punto llegaron las cosas que el Comité Central del Partido el 30 de junio de 1956 criticó la actitud de este grupo al considerar que en su seno se gestaba una oposición radical a la democracia popular húngara. En el mes de octubre un grupo de intelectuales del *Círculo* redactó un documento de diez puntos, muy influido por el presentado por Gomulka en Polonia que, a través del diálogo y la moderación, solicitaba una regeneración de la vida pública y la transformación de las estructuras económicas. También durante el mismo mes, las asambleas estudiantiles universitarias, muy activas, elaboraron propuestas en la misma línea de renovación efectiva en el país, pero más extremas. Entre sus exigencias aparecía incluso la convocatoria de elecciones pluripartidistas o la salida de las tropas soviéticas del territorio húngaro.

El 23 de octubre de 1956, una manifestación que reunió en la capital a unas trescientas mil personas para apoyar la postura adoptada por Gomulka, acabó con enfrentamientos armados con la policía. La sensación de malestar era generalizada y la situación parecía escapárseles de las manos a los partidarios de Rakosi, por lo que había que reaccionar con prontitud. El Comité Central del Partido Comunista hizo una petición formal de ayuda a las fuerzas soviéticas acantonadas en Budapest y

puso en funcionamiento la máquina represiva que logró apaciguar el conato de sublevación, al menos de momento.

La impresión de debilidad del Partido, a pesar de la rápida vuelta al «orden soviético», animó a grupos de trabajadores e intelectuales a formar Consejos obreros y revolucionarios, en Budapest sobre todo. Los centros docentes, las factorías industriales, la administración incluso, vieron incrustarse en su interior a estos núcleos de resistencia. Ciertamente apoyaban el regreso de Nagy al poder y concebían esperanzas de cambios reales en este hecho pero, una vez impulsado lo que entendían como un proceso revolucionario, tenían proyectos mucho más avanzados que el propio Nagy. Así, cuando los soviéticos obligaron a cambiar la cúpula dirigente del Estado con el objetivo de evitar males mayores y colocaron nuevamente a Imre Nagy como jefe del ejecutivo y a Janos Kádár como Secretario General del Partido. El 26 de octubre se alcanzaba el objetivo de retirar las fuerzas armadas soviéticas de la capital, lo que proporcionaba un respiro al gobierno en su intento de normalizar la vida política. Nagy, sintiéndose respaldado en sus criterios y fortalecido por este último logro, optó por dar un nuevo paso adelante en el camino aperturista y declarar el fin del monopolio del Partido Comunista. A ello la URSS respondió con la movilización de sus fuerzas en el territorio magiar para obligar a Nagy a reconsiderar su postura. La tensión volvió a crecer por momentos. El gobierno húngaro no parecía dispuesto a dar marcha atrás y, en un intento desesperado, apeló a la Organización de Naciones Unidas como garante de la seguridad del país. El primer día de noviembre el jefe del ejecutivo anunció la salida de Hungría del Pacto de Varsovia y, con ello, el paso del país a la consideración de neutral. Entre la retirada y la intervención directa, la URSS optó por la última vía: en la madrugada del 4 de noviembre sus tropas tomaban los puntos clave de la capital y deponían al gobierno de Nagy, quien buscó refugio en la Embajada yugoslava. La justificación del golpe de mano se fundamentaba en la «invitación del gobierno revolucionario obrero y campesino» presidido por Kádár, en contra de las fuerzas anticomunistas y reaccionarias que querían desestabilizar el país y terminar con las «conquistas socialistas». El resto de las democracias populares —incluso China— aceptó la explicación de Moscú y la vuelta al orden imperante. Hungría entraba en la senda de la normalización y Nagy acabó siendo ejecutado en junio de 1958. La experiencia de 1956 demostraba que el orden soviético no permitiría ningún conato reformista. Por su parte, el mundo occidental asistió impasible a las peticiones de ayuda de la oposición y del propio gobierno Nagy, enfrascado como estaba en la resolución del conflicto del Canal de Suez. Ni los Estados Unidos ni la Organización del Tratado del Atlántico Norte hicieron nada por remediar la injerencia militar soviética con lo cual demostraron que preferían en aquel momento el mantenimiento del *statu quo* existente en Europa a una intervención rápida y eficaz en apoyo a los sublevados.

Después de tres años (1953-1956) de conflictividad casi permanente, el propósito de Kádár fue tanto estrechar los vínculos de amistad con la Unión Soviética como atraerse a la población húngara mediante mejoras salariales y de nivel de vida. Kádár supo sacar buen partido de su relación privilegiada con la URSS para estabilizar nuevamente el país y aprovechó cualquier ocasión para felicitarse de los estre-

chos lazos políticos y económicos que Hungría mantenía con todos los países socialistas, y muy especialmente con la URSS, para tranquilizar a la potencia soviética.

En 1962, las resoluciones del VIII Congreso del Partido consideraban que era el momento oportuno para impulsar el progreso económico del país una vez alcanzadas las bases mínimas indispensables de un Estado socialista en tanto en cuanto estaban firmemente asentadas la dirección colectiva de los sectores productivos y la unidad de criterio dentro de la organización comunista. Dos años después comenzaba a concebirse una estrategia macroeconómica de gran envergadura que el 1 de enero de 1968 echaba a andar con el nombre de Nuevo Mecanismo Económico (NME). El objetivo primordial del mismo era descentralizar la toma de decisiones en las esferas productivas y eliminar barreras burocráticas para hacer más dinámica la marcha de la economía pero no se abandonó la planificación central, muestra inequívoca de la primacía del Partido en la toma de decisiones económicas, aun cuando los métodos de control empleados fueran suavizados dando así cabida a planes indicativos. En cualquier caso, el intento de conjugar la planificación a gran escala con las reglas del mercado sólo podía producir un desorden generalizado. No obstante, esta política moderadamente aperturista logró ganar simpatías —y con ello créditos y ayudas financieras— en Occidente, el cual veía en aquel «socialismo de rostro humano» una posibilidad real para iniciar el deshielo de las relaciones entre los dos bloques.

Pero la puesta en marcha de medidas novedosas en la esfera económica sin recambio efectivo de las estructuras políticas conllevó reajustes técnicos en el proceso productivo, pero en ningún caso una transformación real de la base económica sometida en última instancia a las decisiones político-administrativas. Las repercusiones de la crisis del petróleo de 1973 fueron muy negativas para el Nuevo Mecanismo dado que el país no contaba con materias primas o fuentes energéticas importantes. El desarrollo extensivo se paralizó y las exportaciones descendieron. De hecho, el modelo de crecimiento extensivo estaba completamente agotado a principios de los ochenta. En el Congreso de la organización comunista celebrado en marzo de 1980, Kádár exponía abiertamente que las consecuencias de la crisis económica tenían su corolario en el estancamiento del nivel de vida de la población, cada vez más descontenta. En un último intento desesperado, Kádár asumía en 1984 un programa de «estabilización dinámica», con pocas o ninguna novedad respecto a los proyectos reformistas más inmediatos y, como éstos, fracasó completamente.

Por lo demás, La omnipresencia del Partido en las instituciones y, en general, en la vida del país era clara y aquél aparecía como el auténtico inspirador y responsable de la política exterior, defensiva, de orden público o de política económica, ámbitos todos ellos controlados por su Comité Central. Resultaba palmario que la política presuntamente aperturista de Kádár era, en lo esencial, pura fachada, aunque consiguiera el objetivo de despolitizar la vida pública, fundamento de su «normalización». De hecho, el bajo interés por la política mostrado por la población húngara después de 1956 influyó en la tardía aparición de una oposición frente al sistema Kádárista. Mucho menos organizada que la polaca, se nutrió sobre todo de pequeños grupos cercanos a la intelectualidad. Fue en la década de los ochenta cuando pas-

quines, hojas informativas y opúsculos en los que se ponían de manifiesto los problemas más acuciantes de la sociedad y la política del país —asuntos que, o bien no aparecían, o bien eran tratados con el sesgo propio en los medios de comunicación del régimen— comenzaron a llegar a grupos más amplios de la población con el fin de sensibilizar a la opinión para sacarla del conformismo y la atonía política en que estaba sumida.

La llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS y la puesta en marcha de la *perestroika* animó a los grupos opositores a lanzarse con más ímpetu a la vida pública, esperanzados por que el aperturismo soviético alcanzara con prontitud al sistema húngaro. Así, en septiembre de 1987, en Lakitelek, tras numerosísimas reuniones informales de distintos grupos favorables a las reformas, quedaba constituida una organización opositora moderada, el Foro Democrático Húngaro (M.D.F.). Mientras tanto, las fuerzas más radicales (en la línea marcada por el Contrato Social —*Társadalmi Szerződés*— redactado con la supervisión de Janos Kis), todavía clandestinas y perseguidas por el aparato policiaco, formaban una «Red de iniciativas libres» que en 1988 dejaba paso a una formación política, la Alianza de Demócratas Libres. La descomposición de la democracia popular era un hecho irreversible. Los medios de comunicación hablaban sin recato del momento tan difícil que atravesaba Hungría. El 22 de mayo de 1988, Janos Kádár era obligado a ceder el poder a Karoly Grosz, con la misión de llevar a cabo la pretendida *perestroika* a la húngara. En esta misma línea, la llegada al *Politburo* de expertos de talante reformista como Nyers o Nemeth parecía afirmar la posición de quienes querían un paso paulatino y moderado hacia el pluripartidismo efectivo y la economía liberal.

2. Crisis, transición y «retorno a Europa»

En Hungría, como ha quedado dicho en su momento, la contradicción entre el mantenimiento de medidas reformistas de carácter económico y el monolitismo político hizo aparecer una contestación interior al Kádárismo y, al mismo tiempo, alimentó un embrión de contestación al propio sistema comunista. Sin embargo, fue en este país donde los comunistas reformistas intentaron llevar a la práctica el proyecto más serio de reforma del antiguo sistema totalitario desde dentro.

A partir del 29 de noviembre de 1988 los comunistas reformistas lograban hacerse con las riendas del poder: Miklos Nemeth era nombrado Presidente del Consejo de Ministros. El nuevo jefe del ejecutivo encargaba a Reszö Nyers (antiguo responsable del «Nuevo Mecanismo Económico») del área económica y mantenía en el gabinete a Pozsgay. Cuando Nemeth presentó oficialmente su programa de gobierno, anunció que era su objetivo primordial «crear un Estado constitucional moderno» y transformar además las estructuras económicas fortaleciendo la propiedad privada. Inmediatamente se dio cauce a las primeras medidas reformistas. En el terreno político, entre enero y febrero de 1989, fue regulado el pluripartidismo con la entrada en vigor de nuevas leyes sobre libertad de reunión, asociación y expresión; el 18 de octubre la Asamblea Nacional aprobaba la reforma constitucional que hacía de la República de Hungría «un Estado Democrático de Derecho, donde los valores de la democracia burguesa y del socialismo democrático se reconocen por igual»; al mismo tiempo, se decretaba que la bandera nacional contaría como símbolo con la Corona de San Esteban. En cuanto a la economía, comenzó a aplicarse un plan de austeridad, ya que Hungría —especialmente dependiente de las exportaciones de energía y materias primas— tenía la deuda más alta de todos los países del bloque socialista, y se potenció la privatización de empresas estatales por medio de toda una serie de leyes económicas, entre ellas, la «Ley de Compañías» del 26 de noviembre de 1989.

Otros pasos fundamentales en la senda reformista tuvieron que ver con las relaciones exteriores. El 2 mayo de 1989 fue desmantelado el «telón de acero» fronterizo con Austria; en septiembre el gobierno húngaro autorizaba la salida a millares de alemanes orientales hacia la República Federal (el 17 de marzo Hungría había firmado la Convención de Naciones Unidas sobre refugiados). En noviembre de 1989 Hungría presentaba su adhesión al Consejo de Europa. A finales de este mismo año, las autoridades húngaras comenzaron negociaciones con el gobierno de Moscú con la finalidad de acordar la retirada de las tropas soviéticas acantonadas en el país; el 10 de marzo de 1990 ambas partes llegaban a un acuerdo definitivo.

El 21 de febrero de 1989, el Comité Central del PSOH renunciaba al principio constitucional que le atribuía el papel dirigente de la sociedad y abjuraba del dogma marxista-leninista. A continuación, un nuevo pleno del Comité Central (23 de junio) establecía la dirección colegiada del Partido con Nyers —presidente—, Grosz, Nemeth y Pozsgay. Finalmente, en octubre del mismo año, en el XIV Congreso extraordinario del PSOH, el Partido único se autodisolvió y sus dirigentes más representativos decidían impulsar una nueva organización política: el Partido Socia-

lista Húngaro (PSH), de tendencia socialdemócrata; aunque sólo un 6 por ciento de la antigua militancia terminó por adherirse a esta organización. Por su parte, los comunistas ortodoxos, con Karoly Grosz al frente, optaron por refundar el viejo Partido Comunista, preservando las siglas clásicas del mismo: PSOH.

El 13 de junio de 1989 (tres días antes del homenaje póstumo a Imre Nagy), y siguiendo el ejemplo polaco, las autoridades reformistas aceptaban entablar negociaciones con la oposición, aunque en esta ocasión de carácter tripartito al participar también una representación de las organizaciones de masas vinculadas al régimen. El acuerdo más importante al que llegaron los negociadores, a finales del verano, fue la aprobación de la convocatoria de elecciones libres y democráticas en junio de 1990. Más difícil de resolver resultó ser la cuestión de la elección del nuevo Presidente de la República. En efecto, mientras que el gobierno y el Foro Democrático pretendían que la elección tuviera lugar de manera inmediata, sin esperar a los comicios del año próximo (única posibilidad de que la Asamblea Nacional aún vigente pudiera elegir para el cargo al candidato oficial, el comunista reformista Imre Pozsgay); las organizaciones más radicales de la oposición —Demócratas Libres, Jóvenes Demócratas, por ejemplo—, aspiraban por su parte a que fuera la nueva Cámara parlamentaria salida de las elecciones generales quien lo hiciera. Ante la falta de acuerdo, la oposición radical, capitaneada por los Demócratas Libres de Kis, forzó la celebración de un referéndum en defensa de su tesis. En la consulta popular celebrada el 29 de noviembre de 1989 la ciudadanía votó a favor de posponer la elección presidencial hasta haberse celebrado los comicios del próximo año.

En poco menos de tres años —desde los inicios de la apertura en 1987 hasta el momento clave de la celebración de las elecciones pluralistas el 25 de marzo y 8 de abril 1990—la transformación de la realidad política era un hecho incuestionable. Del monolitismo del Partido único se había pasado sin solución de continuidad al pluralismo, y en los meses previos a los comicios más de cincuenta formaciones políticas estaban inscritas en el registro general de asociaciones. No obstante, a la cita electoral no acudieron más que doce partidos, de los cuales solamente seis lograron representación parlamentaria en la Asamblea Nacional unicameral compuesta por 386 diputados.

El 25 de marzo, fecha de la primera vuelta de los comicios, el 65 por ciento de los electores acudió a las urnas para elegir, conforme a lo estipulado por la Ley electoral, 176 diputados «individuales» por el sistema mayoritario; y 152 «provinciales», de manera proporcional; los 58 diputados restantes eran asignados en la medida de los resultados a las «listas nacionales» de los partidos. En la segunda vuelta sólo participó el 46 por ciento de los ciudadanos con derecho a voto. De las formaciones políticas participantes únicamente, seis de ellas lograron superar el 4 por ciento de los votos que daba derecho a participar en el reparto proporcional de escaños de las circunscripciones provinciales. Los resultados de los comicios fueron los siguientes: Foro Democrático Húngaro (*MDF*), 1.214.354 votos, esto es, el 24,7 por ciento de los sufragios de las listas provinciales, y 164 escaños por los tres procedimientos posibles (42, 5 por ciento del total). En segundo lugar, la Alianza de Demócratas Libres (*SZDSZ*), 21,4 por ciento de los votos, y 92 escaños (23, 8 por

ciento); después el Partido de los Pequeños Propietarios (PPP), 11,7 por ciento, y 44 escaños (11,4 por ciento); el Partido Socialista Húngaro —excomunistas reformistas— (PSH), quinientos treinta y cinco mil votos, el 10,9 por ciento de los sufragios provinciales, y 33 escaños (8,6 por ciento); la Alianza de los Jóvenes Demócratas (*FIDESZ*), 9 por ciento, y 21 escaños (5,4 por ciento); y el Partido Cristiano-demócrata (*KDNP*), 6,5 por ciento, y 21 escaños (5,4 por ciento). Los Independientes obtuvieron 6 escaños «individuales» (1,6 por ciento); los Comunes otros 4 (1 por ciento); y, finalmente, la Alianza Agraria 1 escaños (0,3 por ciento). Los resultados electorales no dejaron lugar a dudas sobre la intencionalidad de los ciudadanos húngaros de que la transición fuera realizada paulatinamente, desechando todo tipo de radicalismos.

El 2 de mayo de 1990 quedaba constituida la nueva Asamblea Nacional. Para facilitar la formación de una mayoría suficiente en la Cámara, MDF (164 escaños), PPP (44) y KDNP (21) formaron una Alianza de características de centro-derecha que contó con casi el 60 por ciento de los escaños (229 de los 386 totales). Así, el 3 de mayo, Jozsef Antall, el hombre fuerte del MDF, era investido como nuevo Primer ministro. A mediados de mayo, el gobierno ya estaba formado; de las dieciséis carteras del mismo, ocho fueron para el MDH, cuatro para el PPP, una para el KDNP, y las tres restantes fueron a parar a manos de independientes.

La oposición, por su parte, formó de hecho tres grupos diferenciados. En primer lugar estaban los partidos de carácter liberal o de centro izquierda, la Alianza de Demócratas Libres (*SZDSZ*) —92 escaños— y la Alianza de Jóvenes Demócratas (*FIDESZ*) —21—; en segundo término, el Partido Socialista —de los excomunistas reformistas—, con 33; y, por último, una especie de grupo mixto con un total de 11 escaños.

Sin embargo, la mayoría gubernamental no era absoluta: para ella hubiera sido necesario contar con el 66,6 de los escaños. Por lo tanto, la coalición vencedora tenía que contar necesariamente con la oposición más afín para aprobar todas las leyes básicas que debían hacer de Hungría un verdadero Estado de Derecho y que requerían los dos tercios de la Cámara. Pocos meses después de la constitución del nuevo gobierno en agosto de 1990, la colaboración parlamentaria comenzó a dar sus primeros frutos, y el 3 de agosto la mayoría parlamentaria apoyaba con sus votos el nombramiento de Arpad Göncz (Alianza de Demócratas Libres) como nuevo Presidente de la República. En definitiva, quedaba expedito el camino para poder pasar a la normalidad política según el modelo de la democracia parlamentaria y la economía de mercado.

Tanto la nueva Asamblea Nacional como el ejecutivo salidos de las elecciones de la primavera de 1990 siguieron adelante en la construcción del nuevo sistema político y económico, aunque la tarea no estuvo exenta de problemas. Éstos se dieron en el seno de la propia coalición gubernamental con motivo de los planteamientos radicales del Partido de los Pequeños Propietarios en lo que se refería a la descolectivización de la agricultura y las reparaciones subsiguientes a los antiguos propietarios.

Sin embargo, las responsabilidades del gobierno eran mucho más amplias y el primer objetivo debía ser controlar la marcha de la economía. Aunque Hungría no estaba bajo los efectos de la hiperinflación y el país había sido elegido por los operadores económicos occidentales como «cabeza de puente» para introducirse en el antiguo mercado de los países que formaban el CAEM, era desde todo punto urgente rebajar la elevadísima deuda externa, que era como ya dijimos, la más abultada per cápita de todo el antiguo bloque; hacer subir la producción y la productividad de todos los sectores económicos (en 1992 el sector privado representaba el 40 por ciento del PNB), y controlar el desempleo creciente, estimado en el 6,5 por ciento en 1991. Por todo ello, Hungría debía afrontar en los inicios de la transición un gravísimo problema de estancamiento económico, inflación y paro; el cual según los expertos sólo podría ser atajado con la puesta en marcha de un enérgico plan de estabilización. Sólo así, podría hacerse realidad el sueño húngaro de la vinculación con la Unión Europea; para preparar el camino a esta futura colaboración, el 1 de agosto de 1990 era constituida en Venecia la «Pentagonal» formada por Italia, Austria, Checoslovaquia, Yugoslavia y la propia Hungría. Poco tiempo después, en diciembre de 1991, las Comunidades Europeas firmaron acuerdos de asociación con Hungría (y también con Polonia y Checoslovaquia).

Los acuerdos manifestaron la voluntad de las Comunidades Europeas de establecer un marco de relación mucho más amplio y vigoroso con los países de la antigua Europa del Este en tanto que contemplaban la ampliación comunitaria hacia esos países. Poco tiempo después, en junio de 1993, subrayando que las condiciones para la adhesión exigían el correcto funcionamiento de la economía de mercado, así como la estabilidad institucional en el marco de la democracia parlamentaria, el respeto de los derechos humanos y la protección de las minorías, la Unión Europea reiteraba su firme voluntad de ampliación al Este. A continuación, el 31 de marzo de 1994, Hungría presentaba oficialmente su candidatura de integración en la Unión Europea (el 5 de abril lo hacía Polonia).

A lo largo de la década de los noventa, los países de la Europa central y suroriental consolidaban su proceso de transición, estrechando vínculos con la Unión Europea. En Hungría, desde 1994 hasta 1998, año en que se produjo la alternancia política, la mayoría gubernamental correspondió al Partido Socialista en coalición con la Alianza de Demócratas Libres: en las elecciones de mayo de 1998 ganó el centro-derecha, con la Federación de Jóvenes Demócratas al frente, formándose a continuación se formó un nuevo gobierno de coalición.

Siguiendo la estela de Hungría, los demás países de la zona presentaron también en los años sucesivos sus candidaturas de integración en la Unión Europea. En contestación a lo anterior, el Consejo Europeo de Luxemburgo, del 12 y 13 de diciembre de 1997, autorizaba la puesta en marcha del proceso de ampliación a los países de la antigua Europa del Este. Las negociaciones comenzaron el 31 de marzo de 1998 y entre los primeros países seleccionados se encontraba Hungría. Al mismo tiempo, Hungría (junto a Polonia y la República Checa), que en la cumbre de la OTAN, celebrada en Madrid (8 y 9 de junio de 1997), vio apoyadas sus pretensio-

nes de vincularse a la alianza militar occidental, dos años más tarde, en 1999, se integraba plenamente en la OTAN.

Con el cierre de las negociaciones y la posterior aprobación de la adhesión por la población húngara en el referéndum del 12 de abril de 2003, Hungría se convertirá (como otros siete Estados de la antigua Europa del Este) en miembro de pleno derecho de la Unión Europea el 1 de mayo de 2004.